

SEGUNDO DOMINGO DE PASCUA *(Domingo de la Divina Misericordia)*

La Pascua es un tiempo de resurrección, pero quienes estamos en recuperación sabemos que la vida nueva rara vez empieza con sentimientos de triunfo. Mas bien, muchas veces comienza con temor, confusión y la dolorosa conciencia de que nosotros no podemos salvarnos por nuestra propia cuenta. Muchos de nosotros entramos en recuperación tras agotar todas las estrategias que se nos ocurrieron. Nos escondíamos atrás de puertas cerradas por el secreto, la negación, el resentimiento o la culpa. Incluso después de dar pasos importantes hacia la sanación, puede ser que aún llevemos dentro de nosotros una pregunta que mantenemos en silencio: ¿puede la misericordia alcanzar realmente esa parte de mí? El Domingo de la Divina Misericordia responde a esa duda por medio de la presencia del Cristo Resucitado.

El Evangelio de este domingo nos transporta a una sala cerrada donde los discípulos están reunidos sintiendo miedo después de la crucifixión. Jesús no se espera a que ellos estén preparados. Él llega a ellos tal como se encuentran y da paz a su incertidumbre (Juan 20:19-23):

Se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: “La paz esté con ustedes.” Dicho esto, les mostró las manos y el costado. De nuevo les dijo Jesús: “La paz esté con ustedes. Como el Padre me ha enviado, así también los envío yo.” Después de decir esto, sopló sobre ellos y les dijo: “Reciban el Espíritu Santo. A los que les perdonen los pecados, les quedarán perdonados.”

Lo primero que Jesús da no es corrección o indicación, sino paz. No ignora lo que ha pasado, ni finge que las heridas han desaparecido. En cambio, les muestra sus manos y su costado. Las marcas del sufrimiento permanecen, pero ya no son signos de derrota. Se han convertido en signos de misericordia. Esto mismo es el centro, tanto de la Pascua como de la recuperación. Nuestras heridas no desaparecen, pero por la gracia de Dios, pueden ser transformadas.

Muchos de nosotros llevamos heridas causadas por nuestra adicción, compulsión o apegos dañinos. Algunas se pueden ver

en las relaciones que se rompieron o en las consecuencias que no podemos deshacer. Otras son internas, moldeadas por la culpa, el arrepentimiento y el temor de que nos encontremos fuera de toda restauración. En la recuperación, empezamos a dar pasos hacia Dios, sencillos y con honestidad: admitiendo nuestra impotencia, reconociendo nuestra necesidad de ayuda y estando dispuestos a cambiar. Lo que descubrimos es que, en esa situación, encontramos la Misericordia de Dios, no después de haberlo resuelto todo, sino justo en medio de nuestra imperfección.

El mensaje de la Divina Misericordia nos recuerda que el amor de Dios no es reservado o limitado. A través de Santa Faustina, la Iglesia ha recibido una oración simple y profunda: “Jesús, en Ti confío”. Tener esta confianza no es algo fácil para muchos de nosotros. Hemos confiado en nosotros mismos, en otras personas, en sustancias o en comportamientos compulsivos para arreglar lo que no podíamos controlar, solo para ser decepcionados después. Aprender a confiar en Dios suele ser un proceso gradual, moldeado por la entrega diaria más que por una decisión única.

La conducta del apóstol Tomás representa un área de la experiencia humana que muchos en recuperación entienden bien. Le cuesta creer sin ver. Quiere pruebas, algo tangible a lo que aferrarse. Cuando Jesús vuelve a aparecer, no rechaza a Tomás por su incredulidad. En cambio, le invita a acercarse. La misericordia hace espacio para nuestras preguntas, nuestra vacilación e incluso nuestra resistencia. Con el paso del tiempo, a medida que seguimos estando activos en la oración, en las juntas y en la conversación honesta, la confianza comienza a crecer.

La recuperación también revela que no estamos destinados a guardarnos esta misericordia para nosotros mismos. Así como los discípulos son enviados, a nosotros se nos llama a compartir lo que hemos recibido. No lo hacemos presentándonos como personas perfectas, sino siendo honestos sobre dónde hemos estado y cómo Dios está actuando en nuestras vidas ahora. De una manera muy

real, nuestra disposición para compartir nuestra experiencia se convierte en un canal de misericordia para los demás.

El Domingo de la Divina Misericordia es un recordatorio de que ninguna parte de nuestra historia está fuera de la redención. El mismo Jesús que entró en una habitación cerrada ahora entra en los lugares de nuestra vida que permanecían cerrados. Trae paz, ofrece misericordia y llama a confiar. Mientras seguimos en este camino de recuperación, no lo recorreremos solos. Caminamos junto con Aquel que ha vencido a la muerte y que sigue transformando heridas en fuentes de esperanza.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Cuándo has experimentado en tu recuperación que Dios te encuentra en un lugar donde te sentías aislado, asustado o atrapado?
- ¿Cómo percibes en esta etapa de tu vida la Misericordia de Dios?
- ¿Cómo crees que se te invita a compartir tu experiencia, fortaleza y esperanza, para llevar la misericordia a los demás?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Hechos 2:42-47

SAL. RESP. Salmo 118:2-4, 13-15, 22-24

SEGUNDA LECTURA 1 Pedro 1:3-9

EVANGELIO Juan 20:19-31